



catequesis
niños

2012

Campaña LIII

- Viernes 10 de febrero
DÍA DEL AYUNO VOLUNTARIO
- Domingo 12 de febrero
JORNADA NACIONAL DE MANOS UNIDAS





Aquella mañana de verano, nuestros protagonistas, los primos Alicia y Sergio y las hermanas Ángela e Irene, habían decidido ir a bañarse a un lugar especialmente bonito cerca del pueblo en el que veranean cada año. El lugar es una poza en la que hay hasta un rústico trampolín. A un lado tiene un bar y está preparado como merendero; en el otro lado la poza está flanqueada por unas rocas, surcadas por pequeñas cuevas, que le dan al lugar un encanto especial. Además, muy cerca, hay una hermosa cascada que ningún visitante del lugar deja de admirar y que los chicos pensaban ir a disfrutar.

Como el lugar está un poco lejos de sus casas, habían decidido ir en sus bicicletas. De esa manera, la mañana se redondeaba con un agradable paseo en bici por la carretera de montaña, abundantemente sombreada gracias a los numerosos árboles de los bosques y prados que la circundan. Como las carreteras del lugar son estrechas, iban en rigurosa fila de a uno, sin prisa, entre risas y comentarios sobre el buen día que habían elegido para disfrutar una jornada de río y montaña.

De pronto, viniendo por detrás, un coche les adelantó a una velocidad bastante temeraria para las condiciones de la carretera. Los chicos se asustaron, porque el coche les pasó demasiado cerca, y protestaron airadamente por la locura del conductor. Pocos instantes después, viniendo de unas curvas más adelante, los chicos

oyeron, resonando en el silencio del lugar, el sonido de un fuerte derrapaje y el de un choque seco, seguido del pitido continuado del claxon de un coche.

- *Esos locos se la han pegado -exclamó Sergio alarmado.*
- *Vamos cuanto antes a ver qué ha pasado -dijo Alicia, acelerando la marcha.*
- *Ese claxon me da mala espina -apostilló Ángela, apretando después los dientes para pedalear con más fuerza.*

Llegaron al lugar en menos de dos minutos. El panorama que encontraron era desolador. El coche había derrapado y se había precipitado por una cuneta de unos pocos metros de desnivel, para empotrarse de frente contra un roble, que aguantó su embestida. Del motor del coche comenzaba a salir un humo amenazador.

Los chicos se tiraron literalmente de las bicicletas y bajaron precipitadamente por la cuneta, cubierta de hierbas altas y algunas zarzas, para llegar al coche. Los dos ocupantes estaban inconscientes, sangrando abundantemente por la cara. El conductor presionaba con la cabeza el claxon y le hacía sonar de forma continua.

- *Tenemos que sacarles del coche -dijo Sergio sin pensarlo un instante, mientras forcejeaba para abrir la puerta del conductor.*
- *Espera -dijo Irene- en el colegio nos han dicho que no se debe mover a los heridos.*



- *Es verdad. Tenemos que llamar al 112 y esperar a que venga una ambulancia -dijo su hermana Ángela.*

Justo acababa de pronunciar la frase, cuando una llamada súbita surgió de entre el humo del motor, y el coche comenzó a quemarse.

- *No podemos esperar. -gritó Alicia- si no les sacamos, se van a abrasar dentro.*

Los cuatro chicos comprendieron la gravedad de la situación y pasaron a la acción. Como pudieron, arrancaron a los dos jóvenes del coche por la puerta del copiloto, que fue la única que lograron abrir, y les subieron cuneta arriba, cogiéndoles dos por los brazos y los otros dos por los pies. Sólo cuando los dos heridos estaban a salvo llamaron por teléfono al 112 explicando el accidente y el incendio que se estaba produciendo.

A los pocos minutos, que a los chicos les parecieron eternos, fueron llegando los bomberos, dos ambulancias y un coche de la guardia civil. Los chicos explicaron que habían tenido que mover a los heridos, porque el coche se había comenzado a quemar. Los enfermeros les felicitaron por su coraje y sangre fría y les dijeron que no se preocuparan, que habían hecho lo que debían.

Cuando el fuego estaba ya apagado y los heridos camino del hospital, les llegó el turno a los guardiaciviles, que preguntaron a los chicos todo lo que había pasado y tomaron sus datos para incluirlos en el informe. Felicitaron de nuevo a los chicos y se ofrecieron a llevarles a sus casas. Pero ellos les contestaron que iban a bañarse y que no pensaban cambiar de planes. Al fin y al cabo, a ellos no les había pasado nada, excepto algunos rasguños causados por las zarzas de la cuneta. Sin duda alguna, el agua más que fresca del río aliviaría el pequeño escozor provocado por los rasguños.

El día fue redondo para los chicos. Se sentían contentos por haber ayudado a los accidentados y esa felicidad interna les hizo disfrutar como nunca de sus juegos en el río y de la amistad. En sus conversaciones comentaban lo gracioso que había sido poner verdes a los dos jóve-

nes del coche, para pasar a salvarles la vida pocos minutos después. También comentaban que así no se puede ir por la vida, porque si ellos no hubieran estado allí, los dos locos del volante habrían muerto abrasados.

Cuando llegaron a casa, tan felices, se encontraron con una sorpresa que iba a marcarles profundamente. La abuela de Alicia y Sergio y los padres de Ángela e Irene les esperaban con cara de preocupación.

- *¿Qué pasa? -preguntaron a coro los cuatro, cuando vieron las caras preocupadas de sus padres y abuela.*

Los adultos no sabían muy bien cómo explicar lo que pasaba. El padre de Ángela e Irene comenzó diciendo que estaban orgullosos de lo que habían hecho.

- *Pues nos felicitáis con cara de funeral -dijo Ángela a su padre.*
- *Es que ha ocurrido algo después -le respondió su madre.*
- *Nos han llamado del hospital y nos han dicho que tenéis que ir mañana mismo a haceros unos análisis -dijo la abuela de Alicia y Sergio, con el corazón destrozado.*
- *¿Análisis de qué? -preguntó impaciente Alicia.*
- *Análisis del SIDA, porque uno de los dos jóvenes accidentados era seropositivo y es necesario saber si os habéis contagiado al tocar la sangre -concluyó el padre de las dos niñas, con la sensación de estar clavando un puñal en el pecho a los cuatro chicos.*

Siguió un silencio largo y penoso. Los chicos se miraban, incrédulos, sin saber qué pensar, incapaces aún de asimilar la noticia. Miraban a los mayores como pidiendo perdón por algo que ellos no habían provocado, al tiempo suplicando lástima por sentirse injustamente tratados por la suerte, justo por ser buenos y ayudar a unos jóvenes desconocidos, que encima habían estado a punto de atropellarles.

- *A lo mejor no es nada. Tener que hacerse análisis no significa estar contagiado, seguramente es sólo una medida de seguridad -dijo la abuela sobreponiéndose al dolor.*
- *Es verdad. Seguro que estáis limpios, porque ¿ninguno teníais heridas, verdad? Porque el SIDA sólo se transmite si la sangre contagiada toca una herida.*



- *En las manos creo que no tenemos heridas, pero en las piernas nos hemos hecho varios rasguños con las zarzas de la cuneta -respondió Sergio, titubeando al hablar.*
- **Bueno. Vámonos a casa. Y procuremos no amargarnos demasiado pronto, porque nos han dicho que se trata de análisis preventivos -concluyó la madre, que no podía soportar más la tensión del momento.**

El resto de la tarde y de la noche en las dos casas hablaron poco. Aunque era cierto que era inútil preocuparse antes de tiempo, una cosa era lo que sabía la cabeza y otra muy distinta lo que dictaba el corazón. Y el miedo y la angustia son libres y muchas veces incontrolables.

Al caer la tarde, Alicia se presentó en la habitación de Sergio para pedirle entrar en internet a buscar cosas sobre la transmisión del SIDA, porque ya no aguantaba más la incertidumbre. Más valía esperar haciendo algo que dejar que el miedo fuera minando sus corazones. No se extrañó cuando descubrió que su primo ya estaba metido en Internet, buscando lo que ella pensaba pedirle.

- **¿Qué has encontrado? -preguntó angustiada.**
- **Bueno, -contestó Sergio- aquí dice que el SIDA sólo se transmite con el contacto directo de heridas con la sangre infectada. Dice que en la vida normal la transmisión por esta causa es bastante difícil. Yo me he estado revisando las manos y no tengo ninguna herida. Y tampoco recuerdo haberme tenido que limpiar sangre de ninguna otra parte del cuerpo.**
- **Yo también me he estado revisando con cuidado las manos y los brazos y tampoco tengo heridas, pero en las piernas tengo varios rasguños y, por más que intento recordar, no consigo saber si rocé a los heridos con las piernas o me toqué los rasguños antes de lavarme.- dijo Alicia, buscando razones para poder pensar que estaba limpia.**

Por su parte, la madre de Ángela e Irene había revisado con cuidado las manos y los brazos de sus hijas para convencerse de que no tenían heridas y no se habían contagiado, y les había sometido a un interrogatorio tan exhaustivo para que recordaran paso a paso todos sus contactos con los heridos, que las niñas comenzaron a pensar que su madre podría haber sido una excelente policía.

Al día siguiente los cuatro chicos se presentaron en el hospital a la hora indicada. El trato de las enfermeras fue exquisito. Conocían lo que había pasado y les trataron con una mezcla de admiración, cariño y respeto, que tranquilizó mucho, tanto a los chicos como a sus mayores. La enfermera que les extrajo la sangre les volvió a repetir que debían estar tranquilos, que las pruebas eran necesarias, pero rutinarias, y que no debían angustiarse antes de tiempo. Ellos preguntaron cuánto tardarían en tener los resultados. La enfermera les dijo que en cuarenta y ocho horas estarían listos. Los niños se miraron angustiados. La incertidumbre se iba a prolongar nada menos que dos días. La enfermera se dio cuenta de su drama y les prometió que les llamaría en cuanto tuviese los resultados.

Los niños volvieron al pueblo, porque allí tenían más posibilidades de distraerse que en la ciudad. En cuanto llegaron, se juntaron los cuatro en casa de la abuela de Alicia y Sergio y comenzaron a recordar paso a paso todo lo que habían hecho en el rescate, intentando convencerse de que no habían tocado con las piernas la sangre de los heridos. Sergio, para salir del círculo vicioso de repasar continuamente los mismos hechos, les contó, mientras se conectaba a internet, lo que había descubierto el día anterior. Les dijo, para animarles, que no es lo mismo ser seropositivo que desarrollar el SIDA. Y que los medicamentos actuales permitían a los contagiados hacer una vida prácticamente normal.

Alicia tomó el relevo de su primo y comentó que el problema del SIDA está sobre todo en los países pobres, especialmente de África, donde hay muchísimo contagio y donde no tienen posibilidad de tratamiento médico, porque es muy caro. Y les recordó que en España ese tratamiento lo paga la Seguridad Social.

Estuvieron navegando mucho tiempo y recorrieron decenas de páginas repletas de información. Descubrieron que el SIDA en el fondo es una enfermedad de transmisión sexual, porque se transmite sobre todo por las mucosas sexuales y que una de las principales causas de su extensión por todo el mundo es la actual promiscuidad sexual.



Descubrieron que la mujer corre más peligro de contagiarse que el hombre, que en algunos de los países más afectados se contagian tres mujeres por cada hombre, y que muchas mujeres son contagiadas por sus maridos a causa de las infidelidades matrimoniales. Descubrieron, también, que hay niños que se contagian durante el embarazo o en el parto, porque sus madres son seropositivas, y que esos niños tienen muy pocas posibilidades de llegar a cumplir los dos años. Les asustó descubrir que el número de contagiados se acerca a los 34 millones, y que la mayoría, unos 22 millones, viven en el África subsahariana, donde la enfermedad afecta a porcentajes muy altos de población. Descubrieron con horror que en 2008 se habían quedado huérfanos en el mundo 17,5 millones de hijos menores de 18 años, lo cual agravaba terriblemente su problema de pobreza e indefensión.

Ante este panorama tan desolador, su problema parecía menor, no por lo que dice el refrán, "mal de muchos consuelo de tontos", sino porque el mal de millones de personas era mucho peor que el suyo, incluso en el hipotético caso de que alguno de ellos se hubiera contagiado. Por eso, los datos extraídos de internet, lejos de aliviarles, les abrieron los ojos a un mar de dolor en el que se sentían solidariamente sumergidos, aunque sólo fuera como posibilidad.

A media tarde, la abuela de Sergio y Alicia les propuso merendar. Con exquisita sensibilidad había preparado unos pastelitos que encantaban a los niños y esperaba así endulzar con el cariño la angustiada espera de noticias. Se sentaron a la mesa y hablaron durante largo rato de lo que habían descubierto y también de lo que estaban pasando. Irene se quejó en un momento dado, porque le parecía injusto estar en esa situación por haber ayudado desinteresadamente a unos jóvenes desconocidos y que estuvieron a punto de atropellarles. La abuela les dijo que hacer el bien, a veces, tiene un precio que hay que pagar.

- *Ya, pero no es justo que Dios permita que las personas sufran por hacer el bien -se quejó de nuevo Irene.*
- *El mismo Hijo de Dios acabó pagando con la cruz todo el bien que había hecho -dijo la abuela, mientras se levantaba a coger la Biblia.*





Los niños ya estaban acostumbrados a esos gestos y esperaron la lectura con interés. La abuela se sentó, busco en el Nuevo Testamento y les leyó esta cita:

Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: «Si quieres, puedes limpiarme». Jesús, compadecido, extendió su mano, le tocó y le dijo: «Quiero; queda limpio». Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio.

Le despidió al instante advirtiéndole severamente: «Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación la ofrenda que mandó Moisés para que les conste a ellos». Pero él, tan pronto como se fue, se puso a divulgar a voces lo ocurrido, de modo que Jesús ya no entró abiertamente en ninguna ciudad. Tenía que quedarse fuera, en lugares despoblados y aún así, seguían acudiendo a él de todas partes. (Mc 1, 40-45).

- Pero Jesús no se podía contagiar de lepra al tocar al leproso, porque sus manos le curaron -dijo Alicia convencida.
- Pero Jesús tuvo que pagar con una cuarentena el hecho de haber tocado al leproso, por eso no podía entrar en los poblados –le explicó la abuela- y añadió: Hacer el bien protegido detrás de la barrera es muy fácil. Lo más difícil es bajar al ruedo y ayudar al torero cuando el toro está aún por allí y te puede cornear. Eso es lo que os ha pasado a vosotros, aunque no sabíais que corríais peligro, ayudasteis sin pensarlo dos veces. Y ahora os pregunto: si mañana os volviera a ocurrir lo mismo, ¿qué haríais, dejaríais que se abrasasen los dos jóvenes?

Los niños se miraron sorprendidos por la pregunta. Sus cabezas y sus corazones se aceleraron de forma increíble, y los últimos recuerdos y sentimientos se agolparon en su mente. Habían lamentado lo que había pasado, pero en esos momentos recordaron las caras de los enfermeros de las ambulancias y de los guardiaciviles y su propia satisfacción por haber hecho el bien de forma desinteresada y, en ese instante dejaron de lamentar, para sentirse felices de nuevo. Volvieron a mirarse los cuatro y Alicia se convirtió en la portavoz espontánea del sentimiento común que expresaban sus ojos.

- ¿No pensarás, abuela, que seríamos capaces de marcharnos y dejarles abrasarse, verdad?
- Ya sé que nunca haríais una cosa así. Por eso os he querido recordar que hacer el bien tiene su precio. A veces, es simplemente quedarte sin salir por acompañar a un amigo enfermo, otras es quedarte sin chuches porque has dado el dinero a los pobres, pero otras veces puede incluso suponer un daño para tu persona; pero hay que hacer el bien, siempre que el daño sea inferior al bien que se piensa conseguir. Por eso hay personas que arriesgan sus vidas por salvar a otros. En vuestro caso, salvar la vida de los jóvenes era un bien supremo por el que valía la pena cualquier riesgo.



Estas palabras de la abuela sirvieron para pacificar los sentimientos de los chicos, que comenzaron a ver la parte de luz que tenía la difícil situación por la que estaban pasando. Movidos por esa paz, comenzaron a contarle a la abuela lo mal que lo pasan los contagiados con el VIH sobre todo en África.

La abuela les contó que el sexto Objetivo del Milenio de las Naciones Unidas consiste en erradicar el SIDA, la malaria y otras enfermedades y que precisamente Manos Unidas ese curso siguiente iba a afrontar ese objetivo con el lema: "La salud, derecho de todos. Actúa".

Les contó que la Iglesia es con diferencia la que más se cuida de los enfermos de SIDA en todo el mundo y que atiende al 30 % de los enfermos, sean o no cristianos, que la mayoría no lo son. Y que ayuda de forma más significativa en los países más pobres, donde los enfermos no tienen posibilidad de hacer frente a la enfermedad.

Les dijo que Manos Unidas realiza cada año diferentes proyectos para luchar contra el SIDA y les habló del programa DREAM que la comunidad cristiana de San Egidio lleva a cabo en 10 países africanos para luchar contra la enfermedad.

Les explicó que el SIDA no es una enfermedad que mate en sí misma, sino que lo que hace es eliminar las defensas de los enfermos, de forma que cualquier otra enfermedad oportunista: malaria, tuberculosis... acaba con la vida de los contagiados de SIDA. Les contó que el programa DREAM lo que intenta es conseguir una terapia global, que no consiste sólo en suministrar los medicamentos contra el SIDA, sino que busca una mejora global de la salud y de la atención médica, para que las enfermedades oportunistas no puedan dañar la salud de los contagiados.

Y les explicó, puesto que ya tenían edad para entenderlo, que la solución al SIDA no consiste en dar preservativos para evitar el contagio, como algunos piensan de forma muy simplista, sino que es sobre todo cuestión de educar a la gente en una sexualidad verdaderamente humana, basada en el amor, el matrimonio y la fidelidad. Les dijo que la prostitución y la infidelidad matrimonial son el principal vehículo de la extensión de la enfermedad.

Les dijo, también, que todos deberíamos luchar y presionar para que las fábricas de medicamentos permitieran el acceso a las medicinas a los más pobres. La abuela recordó a los chicos que los medicamentos contra el SIDA son muy caros y que los pobres mueren porque no pueden ni



siquiera soñar con tener el dinero para pagarlos. Lo grave es que los investigadores de las empresas farmacéuticas se han conformado con encontrar y fabricar las medicinas que alargan la vida de los enfermos, porque son muy caras y les producen muchas ganancias y ya apenas investigan en la curación y la vacuna del SIDA.

También les habló de las otras enfermedades “asesinas” del Tercer Mundo: La malaria, la tuberculosis, la lepra, el cólera, la poliomielitis, y otras más raras aún, como la enfermedad del sueño, el mal de Chagas, el dengue, y otras, causadas por parásitos que se aprovechan de la miserable forma de vida de los pobres para contagiarlos. La falta de higiene, vivir en chabolas o chozas, no tener agua potable, ni desagües para las aguas sucias, hacen que esos parásitos se reproduzcan y puedan atacar a las personas más pobres. Estas enfermedades producen muchas víctimas y casi nadie se preocupa de investigar sobre ellas, porque quienes las padecen nunca tendrán dinero para pagar las medicinas que encontrasen los investigadores y no les resulta rentable económicamente luchar contra ellas.

Aquella conversación hizo que los chicos dejaran de pensar en su problema y les distrajo de su miedo personal. Se acostaron aquella noche un poco más tranquilos, pero sobrecogidos por todo lo que habían descubierto. A la mañana siguiente se levantaron tarde, porque en sus casas les dejaron dormir todo lo que quisieran, para ahorrarles tiempo de angustia.

Hacia el mediodía sonó el teléfono en casa de Ángela e Irene. La madre se lanzó hacia él presa de la ansiedad. Era la enfermera, que cumplía su promesa y les llamaba para comunicarles que los resultados habían dado negativo y que, por lo tanto, sus hijas estaban limpias.

- *¿Y Sergio y Alicia? preguntó la madre, ansiosa, esperando que la alegría fuera completa.*
- *También han dado resultado negativo. Están limpios los cuatro. Enhorabuena, de corazón, se lo merecían, -dijo la enfermera, para redondear la gran noticia- de todas formas deben venir mañana al hospital a recoger los resultados -concluyó la enfermera.*

Les faltó tiempo a los chicos para juntarse y compartir la alegría de la noticia, como habían compartido la angustiosa espera. Estaban tan contentos que sentían la necesidad de hacer algo para compartir su alegría con otros más desfavorecidos. Repetían una y otra vez que había que echar una mano a los que habían tenido peor suerte que ellos y se habían contagiado. Decidieron juntarse por la tarde en casa de la abuela de Sergio y Alicia, para ver qué podían hacer ese curso próximo para ayudar, por medio de Manos Unidas, a apoyar el sexto Objetivo del Milenio. Pedirían consejo a la abuela y dejarían volar su imaginación solidaria para ver lo que podían hacer en el colegio y en la parroquia, como habían hecho en los años anteriores.

A las cinco de la tarde los chicos estaban reunidos alrededor de la mesa camilla, en la sala de estar de la casa de la abuela de Alicia y Sergio, dispuestos a pensar formas concretas de ayudar a los enfermos de SIDA y de las demás enfermedades asesinas de los pobres. Hay que pensar la mejor forma de “echarles una mano”, habían repetido numerosas veces los chicos a lo largo de la mañana.

Ángela comenzó diciendo, convencida que la mejor forma de ayudar a los enfermos sería hacerse médico o enfermera.

- *Pues como los enfermos tengan que esperar hasta que nosotros llegemos ser médicos, se van a morir muchos en los próximos diez años –dijo Alicia, calculando mentalmente lo que les faltaría para acabar la carrera de medicina a cualquiera de ellos.*
- *No es necesario ser médico para ayudar a los enfermos –interrumpió la abuela, que trajinaba por la casa, atenta a lo que los chicos decían- Los cristianos tenemos el ejemplo del buen samaritano, que no era ni médico ni enfermero, pero salvó al hombre malherido por los bandidos.*
- *Explicanos eso –dijo Sergio, convencido de que su abuela, experta en solidaridad cristiana, podía darles la clave para encaminar sus planes.*

La abuela tomó la Biblia, como había hecho el día anterior y les leyó la parábola del buen samaritano:





Se levantó un maestro de la ley, y le preguntó para ponerle a prueba: «Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?»

Jesús le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?» El maestro de la ley respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo». Jesús le dijo: «Has respondido bien. Haz eso y vivirás».

Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?

Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de desnudarlo y golpearlo, se fueron dejándolo medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. Igualmente, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle sintió compasión. Se acercó, le vendó las heridas, después de curarle con aceite y vino; luego lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.” ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?»

El otro contestó: « El que tuvo compasión de él».

Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo». (Lucas 10,25-37).

Al acabar, besó la Biblia con cariño, la dejó abierta en la mesa y les explicó a los chicos: "El samaritano es un buen ejemplo para los que queremos ayudar a los enfermos y no somos médicos. Él no era médico, ni siquiera tenía medicinas para curarle, sin embargo tenía mucho amor y mucho sentido común. El amor lo demuestra al sentir compasión, pararse y montar en su cabalgadura, a pesar de que debía estar cansado del largo viaje.

El sentido común lo demuestra al curarle las heridas con aceite y vino, alimentos cotidianos que pueden servir también como crema balsámica y desinfectante de las heridas. Además el buen samaritano interrumpió su viaje y sus quehaceres, hasta asegurarse de que el heri-



do estaba a salvo. Y no sólo le dio su tiempo y sus cuidados, sino que, como no podía quedarse más tiempo atendiéndole, pagó con su dinero el resto de su curación, sin poner límites a su generosidad.

Al acabar la abuela esta explicación, hubo un silencio cargado de emoción en torno a la mesa camilla. Lo interrumpió la propia abuela, mientras se levantaba a seguir con sus tareas, diciendo: "Pensad ahora como podéis vosotros hacer vuestros todos los verbos que aparecen en la parábola".

- **¿Los verbos?** -preguntó curiosa Alicia.
- **Sí, los verbos que Jesús emplea en la parábola:** *acercarse, sentir compasión, curar y vendar heridas, montar en la cabalgadura, cuidarlo y pagar los gastos...* ¿Cómo podéis hacer vuestras esas actitudes hoy en día para ayudar a los enfermos de SIDA, malaria, tuberculosis y las demás enfermedades asesinas del tercer mundo? –dijo la abuela, mientras hacía que limpiaba el polvo de un mueble, antes de abandonar la habitación para dejar pensar solos a los chicos.

Los chicos se dieron cuenta de que el camino abierto por la abuela era una auténtica autopista de ideas, y se adentraron por él con entusiasmo.

- **Lo primero que tenemos que conseguir es que nuestros compañeros no pasen de largo ante el problema, como lo hacen los dos primeros personajes de la parábola, sino que decidan echarles una mano, como el buen samaritano.** –Dijo Ángela, que había tomado la Biblia en sus manos y releía la parábola.
- **Es verdad, lo primero que debemos conseguir es que se den cuenta de la gravedad de la situación...** 17,5 millones de huérfanos en un año por causa del SIDA es una tragedia que no puede dejar indiferente a nadie. –dijo Sergio, recordando una cifra que se le había clavado en el corazón.
- **Tenemos que preparar un buen power point en el que aparezcan todas esas situaciones, comparando la situación de los enfermos de nuestro país y los de los países pobres. Seguro que esa diferencia no dejará a nadie indiferente. Esa injusticia debería mover la compasión y hacer que nuestros compañeros se animen a acercarse a esas personas y a echarles una mano, participando en la actividad que les propongamos** –dijo Alicia convencida.

- **El samaritano curó y vendó las heridas con lo que tenía ¿Cómo vamos nosotros a echarles una mano de verdad, como hizo el samaritano?** –preguntó Irene, intentando pensar ya la actividad concreta que deberían proponer a sus compañeros de colegio y de parroquia.
- **¿Os habéis dado cuenta de que los cuatro llevamos todo el día diciendo que "hay que echarles una mano"?** –dijo Ángela, cayendo en la cuenta de que llevaban repitiendo la misma expresión todo el día.
- **Sí, claro, es que se trata de echarles una mano, ¿no?** –Dijo Irene, que no comprendía a qué venía la pregunta de su hermana.
- **Lo digo porque se me está ocurriendo una idea para la actividad que queremos proponer en el colegio y la parroquia para sacar fondos,** –dijo Ángela, explicando por qué la frase era una pista, y continuó: El año pasado fueron nuestras fotos las que sirvieron para proponer un puzzle. Este año podrían ser las manos, con la idea de "echar una mano a los enfermos", las que podrían servir como elemento de la actividad.
- **¿A qué te refieres exactamente?** –preguntó Alicia, que veía el filón encontrado por su amiga, pero no lo terminaba de comprender.
- **¿Os acordáis del abrazo a la catedral de León que hicimos hace dos años y de las cadenas de manos que colgaron durante una semana de la torre de nuestra catedral? Fue realmente bonito. Pues se me ocurre que podríamos repetir la experiencia, pero en nuestra parroquia y en nuestros colegios. Propondríamos a los compañeros realizar una cadeneta de manos, en la que cada cual escriba un mensaje de solidaridad.**
- **¡Qué buena idea!** –dijo Alicia, entusiasmada- pero esta vez el que quiera aportar su mano, deberá echar una mano en forma de donativo a Manos Unidas. Así el símbolo se convertirá en realidad.
- **Podríamos dibujar nuestro país en una parte y África en la otra parte y unir ambos dibujos con las cadenas de manos. Podría haber una cadena por curso, o por ciclo, dependiendo de la distancia entre los dibujos.** –dijo Sergio, que estaba tan embaldado que ya estaba viendo en su mente la parte del colegio donde las cadenas lucirían más.
- **Pues a mí lo de las fotos del año pasado me gustó mucho. Podríamos pedir que los niños decoraran sus manos y sugerir que incluyeran su propia foto por un lado y una foto de un niño del sur por el otro.** –dijo Irene ilusionada.

Todas las ideas fueron aceptadas por unanimidad.



Llamaron a la abuela, le contaron lo que habían pensado. Ella les dijo que la idea era estupenda y les animó a redactar el proyecto para presentarlo a los profesores y catequistas. Ellos, con el corazón latiendo fuertemente por la emoción de saber que estaban proyectando una acción que podía hacer mucho bien a los enfermos que carecen de medios para afrontar sus enfermedades, redactaron el proyecto que llevarían a cabo a lo largo del siguiente curso.

Dos días después, la abuela les reunió para una de sus acostumbradas meriendas y les regaló esta oración, que ellos rezaron con emoción y entusiasmo y guardaron para compartirla con sus compañeros:

*Señor Jesús, que curaste a los enfermos
para manifestarles el amor de Dios,
cura las enfermedades de nuestro mundo,
que aquejan a los cuerpos y a los corazones.*

*Ayuda a los que están enfermos por ser pobres,
a los enfermos de SIDA, de malaria, de tuberculosis
y de las otras enfermedades asesinas de los pobres.*

*Y ayuda también a los enfermos del alma,
a los enfermos de una sociedad opulenta,
que sólo piensa en sí misma,
se olvida de los pobres y les deja morir.*

*Ellos están enfermos de SIDA,
nosotros estamos enfermos de insensibilidad;
ellos padecen la malaria
nosotros padecemos el egoísmo.
ellos sufren la tuberculosis,
nosotros sufrimos la falta de valores;
ellos padecen la enfermedad del sueño,
nosotros dormimos sin enterarnos de la realidad;
a ellos los parásitos les inoculan virus y bacilos
a nosotros nos infecta el virus del materialismo egoísta;
ellos padecen la desnutrición, las diarreas y el cólera,
nosotros provocamos la cólera con nuestra pasividad.*

*Señor, tú que pasaste haciendo el bien,
devolviendo la salud del espíritu a los pecadores
y curando a los enfermos con tus manos milagrosas,
haz que nuestras manos solidarias
sean prolongación de las tuyas,
para seguir salvando hoy, en el alma o en el cuerpo,
a toda clase de enfermos de nuestro mundo.*





Manos Unidas

Premio Príncipe de Asturias
de la Concordia 2010

SERVICIOS CENTRALES: Barquillo, 38 - 3º. 28004 Madrid.
Telf.: 91 308 20 20. Fax: 91 308 42 08. info@manosunidas.org - www.manosunidas.org

ONGD de la Iglesia católica, de voluntarios